

Complicándonos la Vida⁽¹⁾

Por: Aldo Cammarota

Los Angeles, California.

Las cosas que hace el ser humano cuando pretende ignorar la ley de la oferta y la demanda, base fundamental del mercado libre, son insólitas.

Tiene que cargar nafta para su automóvil. Pero en vez de entrar en la estación de servicio, ubicarse al lado del surtidor y pagar el precio que el mercado impone con su libre juego, le pide al Estado que controle la ganancia del vendedor de nafta.

Entonces, el Estado limita las ventas de combustible los días pares a los autos con placa par y los días impares a los autos con placa impar, decreta que nadie puede cargar nafta si no tiene menos de medio tanque lleno, y reduce el horario de atención al público en los surtidores a la mitad del horario que antes era habitual, incluyendo el cierre del 80% de los surtidores los sábados en la tarde y los domingos.

El ser humano consigue, gracias al propósito de eludir el mercado libre de oferta y demanda, ser pésimamente atendido, hacer cola para cargar nafta, tener el parabrisas del auto sucio porque en el surtidor ya no se lo limpian más y lo atienden mal pues no existe la competencia con otros surtidores... y finalmente paga por la nafta más de lo que hubiera pagado si de entrada hubiese aceptado el precio con aumento impuesto por el mercado.

El ser humano se encuentra con que, de pronto, le han aumentado el alquiler que paga por su vivienda. Pero en vez de pagar el aumento y esperar que la oferta supere a la demanda y los alquileres bajen, o mudarse a una vivienda algo más modesta y económica, el ser humano pretende burlar la ley de la oferta y la demanda, y entonces ¿qué hace? Le pide al Estado que congele los alquileres. El Estado lo hace presuroso y complaciente. El ser humano se pone contento. Pero por poco tiempo. De inmediato comienza a sentir los efectos de la distorsión de las leyes económicas. Los dueños de casas de renta comienzan a venderlas como propiedad horizontal. Los inversores que antes invertían dinero en la construcción de nuevas y cada vez más confortables viviendas para alquilar, temerosos de la ley de control de alquileres, dejan de invertir en ese negocio. La oferta se contrae aún más. El Estado promete construir miles de viviendas para satisfacer la demanda. Pero los planes del Estado llevan mucho tiempo. Nunca se construye ni la décima parte de lo que se anuncia. El ser humano se encuentra con que ya no puede mudarse de vivienda con la misma facilidad con que podía antes. En pocos meses, el alquiler «congelado» que estaba pagando, comienza a elevarse, autorizado por el propio Estado que lo congeló. Los servicios generales de su vivienda, entretanto, se resienten notoriamente, pues para el propietario no es negocio cuidar a sus inquilinos si éstos pagan un precio que está por debajo del mercado.

Al poco tiempo, si se queda donde está tendrá que resignarse a que su vivienda vaya decayendo a ojos vista: baldosas rotas que no se reponen, pisos que no se limpian, cañerías que no funcionan y nadie arregla. Y si decide mudarse, tendrá dificultades para

encontrar dónde, y si encuentra, tendrá que pagar más de lo que hubiese pagado si, de entrada, hubiera aceptado el precio de mercado impuesto por la ley de la oferta y la demanda.

Un día el ser humano se indigna porque en el supermercado detecta un aumento en el precio de determinada mercancía. Entonces, supone que se trata de un aumento arbitrario dispuesto por los dueños de ese supermercado para aumentar sus ganancias. No quiere comprender que si bien el deseo de todo comerciante es el de aumentar sus precios, nadie puede aumentar un precio por encima de lo que el mercado está dispuesto a pagar, pues corre peligro de no vender nada. Entonces el ser humano, convencido de que puede hallar sustitutos más idóneos que la ley de la oferta y la demanda le pide al Estado que establezca un control de precios, para que los comerciantes y los intermediarios no puedan cobrarle por determinada mercancía más de lo que él estaba acostumbrado a pagar.

El Estado accede de inmediato. Establece un control de precios. (En realidad el control no es de precios, sino de personas. Los precios no van a la cárcel si aumentan: a la cárcel van las personas que los aumentan). ¿Pero qué sucede entonces? El producto sujeto al control de precios, comienza a escasear. ¿Por qué? Porque nadie tiene interés en producir algo si van a obligarlo a que lo venda por menos del precio establecido por la ley de la oferta y la demanda. Al escasear el producto, y estar el precio controlado, surge el mercado negro. El ser humano, si realmente necesita esa mercancía, deberá pagarla «bajo cuerda» con un aumento muy superior al que hubiese pagado al haber aceptado de entrada el precio impuesto por el mercado libre. Y con toda seguridad que la calidad del producto, será inferior a lo que era, pues la escasez creada habrá acicateado la demanda, y no habiendo libre competencia al vendedor no le interesa mejorar su producto.

Si un individuo vende caramelos y se le ocurre aumentar su precio a 5 monedas de oro por cada caramelo, y encuentra quién le compre caramelos a ese precio..., quiere decir que ese precio es justo, según las leyes del mercado. ¿Eso significa que todo el mundo tendrá que pagar a tan alto precio los caramelos? No, porque ese alto precio será un estímulo para que surjan otros productores y vendedores de caramelos, y con mayor oferta paulatinamente bajarán los precios. Siempre, claro está que el individuo que vendía los caramelos a 5 monedas de oro cada uno no sea un funcionario del Estado. Porque en ese caso, con toda seguridad, la venta de caramelos será declarada de interés nacional y monopolio absoluto del Estado..., con lo cual, sí, el que quiera caramelos tendrá que pagar cualquier disparate por ellos.

Realmente son insólitas las cosas que hace el ser humano cuando se deja convencer por los estadistas que sostienen que las leyes del mercado pueden ser vulneradas por disposiciones del gobierno.

Un émulo de Esopo dijo que el elefante es un ratón fabricado por el Estado. Y debe ser así nomás, porque la historia de la Humanidad nos enseña, sin excepciones, que toda intervención del Estado en la economía transforma en paupérrimas a las comunidades más ricas y progresistas. Y que, en cambio, la libre competencia no tiene competidores, cuando se trata de asegurar el progreso de un pueblo.

(1) El autor es un conocido escritor internacional que tiene a su cargo varias columnas y secciones en periódicos de U.S.A., América Latina y en la Revista Visión.